DISCURSO INAUGURAL

SOBRE

LA IMPORTANCIA ACTUAL DE LOS ESTUDIOS TEOLÓGICOS,

PRONUNCIADO EL DIA 7 DE ENERO DE 1866

EN LA APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

EN EL SEMINARIO CONCILIAR

DE

SEVILLA,

POR

EL DR. D. JOSÉ DE TORRES PADILLA, PRO.,

CATEDRÁTICO DE HISTORIA Y DISCIPLINA ECLESIÁSTICA

DEL

MISMO SEMINARIO.

SEVILLA:

Imprenta y Litografía: Librería Española y Extrangera de D. J. M. Geofrin,

Impresor honorario de Cámara de S. M.—Siérpes, 35.

1866.

✝

EMMO. Y RMO. SEÑOR:

Al dar principio al presente curso académico en este Seminario con la solemnidad religiosa, que acabamos de celebrar; al prosternarnos ante el altar santo todos los que tenemos el distinguido honor de ejercer el profesorado en esta Escuela eclesiástica, objeto de la especial predileccion de V. Ema., y tambien de la nuestra, implorando los auxilios celestiales del Padre de las luces, que comunica abundantemente su divina sabiduría á los que con humildad la piden; (*a*) al extender nuestras manos sobre el sagrado libro de los Stos. Evangelios, haciendo la solemne promesa de creer, conservar y enseñar en toda su pureza la sublime doctrina de la fé católica con todas las verdades capitales, cuyo armonioso conjunto forma, y constituye la sagrada ciencia de la religion; al prepararnos así, para continuar desempeñando nuestro delicado cargo de la enseñanza religiosa; todos sentimos en estos momentos la imperiosa necesidad de armarnos con el escudo fortísimo é impenetrable de la fé, con el acerado casco de una confianza inquebrantable en la proteccion y asistencia divi-

(*a*) Jac. c. I, v. 5.

na, y con la penetrante espada de dobles filos de la palabra de Dios, que hiere, y mata, como ha matado siempre, la hidra infernal de todos los errores y heregías (*a*); porque tales son las armas poderosas, para combatirlas, que nos señala el Apóstol: *Arma militiæ nostræ* (*b*).

Y, sin que yo me esfuerce en encarecerlas, vosotros, dignísimos Profesores, comprendeis esta necesidad y aún el deber, que tenemos todos hoy, mas que nunca, de armarnos de la oracion de la fé, para guerrear con denuedo y sin tregua contra ese horrible gigante, formado de los monstruosos miembros de todos los errores y heregías de todos los siglos, compendiados, ó condensados, segun la frase moderna, en un solo y grande error, en una sola y grande impiedad, que se llama *Racionalismo*. Este no es otra cosa que la rebelion del hombre contra Dios, la negacion absoluta de toda autoridad, el orgullo satánico encarnado en los hijos de perdicion, elevado á su mas alta potencia: el más criminal, el más torpe abuso, en fin, del más precioso de los dones que Dios concediera al hombre.

Mónstruo, Sres., que, armado del formidable ariete de la falsa ciencia, asesta sus constantes y repetidos golpes contra el alcázar indestructible de la ciencia sagrada, para destruir, segun su impía frase, el viejo edificio del fanatismo. Y desplegando su funestísima bandera, ha escrito en ella el lema significativo de la guerra, que declara abiertamente á la religion de Jesucristo: *Omnímoda libertad de pensar, libérrima emision del pensamiento oral y escrita, ilimitada libertad en todo y para todos, emancipacion completa del hombre de toda autoridad.* Halló, por desgracia, numerosos reclutas, en los miembros corrompidos de todas las clases sociales. Y ¡quién lo creyera, Sres!: hallólos tambien hasta en las públicas Academias y corporaciones científicas, entre los escritores, que pasan por notables; pero que han corrompido moral, religiosa y científicamente

(*a*) Ad Ephes. c. VI, v. 17.

(*b*) 2. ad Cor. c. X, v. 4.

toda la literatura, contaminándola con mas ó menos disimulo, y á veces, con abierta osadía de tan funesto y capital error. Y, reuniendo yá numerosas falanges, se presenta erguido con soberbia satánica, proclamando el exterminio y la ruina de la magnífica obra de Dios por excelencia, la Iglesia católica, como institucion puramente humana, anticuada, enemiga de toda civilizacion y de todo progreso. Increible parece, Sres., tamaña aberracion en un siglo, que se enorgullece con el nombre de científico. Y es por que, sin remontarnos á investigar su causa cierta y primordial, y buscando solo la inmediata, es porque, segun ha dicho con mucha exactitud un profundo filósofo cristiano del principio de este siglo (*a*): «desde que se concedió la palabra á todo el mundo, el orgullo humano ha encontrado su paraiso en la discusion sobre todo, en la duda, en la indiferencia, y en último resultado en la negacion de todo.» Pero está mejor descrita aún por el Espíritu Santo esta rebelion del pensamiento y de la palabra del impio contra Dios en esta frase del Profeta: *dixerunt: linguam nostram magnificabimus, labia nostra á nobis sunt: ¿quis noster Dominus est?* (*b*).

Ya lo veis, dignísimos Profesores, y ya lo oís tambien vosotros, carísimos alumnos, que venís á este Sto. Gimnasio, para aprender á guerrear en las batallas del Señor: ya vemos todos el formidable antagonista, que se nos presenta, y provoca al combate con altivo orgullo como otro soberbio Goliat. ¿Mas es acaso tan temible como aparece? ¿Es invencible? No, Sres. El racionalismo, en el que pueden resumirse todas las heregias y errores de todos los tiempos, caerá hoy, como en los siglos anteriores y en los futuros, herido de muerte al pié de los muros indestructibles del alcázar divino de la Iglesia: se estrellará indefectiblemente, segun la sentencia profética del Evangelio (*c*), contra sus sólidos fundamentos, los dogmas católicos: y aun su mismo ariete infernal, es decir, la ciencia que

---

(*a*) De-Maistre: Veladas de S. Petersburgo

(*b*) Ps. XI, v. 5.

(*c*) Qui ceciderit super lapidem istum, confringetur: super quem vero ceciderit, conteret eum.

invoca, y de que tanto se envanece, se volverá de rechazo contra él, para herirle doblemente, y le obligará á exclamar en su agonía: *¡Heu! patior telis vulnera facta meis* (*a*). No hay que dudarlo: la promesa divina á la vez que la historia de todas las heregías nos dan una firmísima garantía de este glorioso triunfo.

¿Qué hacer, pues, nosotros, milicia sagrada, cuya principal y divina mision es sostener, y continuar sin tregua este tan terrible como glorioso combate? Armarnos con el escudo impenetrable de la ciencia sagrada, parapetarnos siempre tras los muros indestructibles del dogma católico, contra los cuales se romperán, y caerán despedazadas todas las armas, de cualquier género que sean, con que nos acometa el formidable enemigo, que nos reta, el Racionalismo moderno. Quiero decir, que necesitamos hacer un profundo estudio de los dogmas sagrados de la Religion, fundamento firmísimo de toda ciencia, y formar con él diestros combatientes en nuestros amados alumnos, llamados por Dios para tan gloriosa empresa, seguros de que siempre el triunfo será nuestro. Sobre la suma importancia, pues, de los estudios teológicos en nuestras escuelas eclesiásticas, para oponerlos á esa inmensa controversia religiosa y científica, que se agita en un siglo henchido de orgullo, me permitireis, Sres., emitir hoy algunas reflexiones; y no ciertamente con ánimo de enseñar, porque todo cuanto mi corta inteligencia pudiese exponer á vuestra consideracion será muy inferior á vuestra conocida erudicion y conocimientos en la ciencia sagrada. Impúlsame solo el deseo de animarnos mútuamente, á combatir en el noble estádio, en que Dios nos ha colocado, y excitar á la vez el interés de nuestros seminaristas sobre un punto, hácia el cual deben dirigirse, y concentrarse todas sus tareas literarias. Ni aun á tanto me atrevería yo, muy penetrado de mi escaso saber, que os es bien conocido, si no contase con vuestra benigna indulgencia.

(*a*) Ovidio, Heroid. Epist. 2. 48.

Es muy digno de notarse, Sres., lo que se observa en todas las múltiples y variadas cuestiones científicas, que se agitan en nuestro siglo de discusion, y por los que se llaman á sí mismos hombres analíticos y profundos pensadores. El publicista, al investigar los principios fundamentales de la sociedad, y al combinar, y establecer diversos sistemas de gobierno; el jurisconsulto, inquiriendo la base sólida del derecho y la razon de justicia de la ley; el historiador, explicando las causas y relaciones de los acontecimientos humanos en el curso de los siglos; mas aún, el filósofo en sus contínuas é infatigables investigaciones en todos los ramos, que abrazan las ciencias naturales, al pasar del órden fenomenal al de los principios, ó sea á dar razon de las leyes, que lo producen, y queriendo elevarse al conocimiento de la ley primaria y fundamental de toda cáusa y de todos los fenómenos; todos, unos sobrecogidos de sorpresa, y otros con cierto aire de indignacion exclaman: ¡Cosa rara... qué en el fondo de todas las cuestiones hemos de tropezar siempre con la Teología!... Qué será?...

Y ¿por qué os extrañais de ello, y os sorprendeis, profundos pensadores? preguntaremos nosotros á la vez. ¿Quereis saber la razon de este fenómeno? Os lo diremos: porque la Teología es la ciencia de la Cáusa de las cáusas: porque todas las ciencias, como decia el célebre filósofo y orador romano, tienen tan íntima conexion y enlace, que no pueden separarse la una de la otra: *habent quoddam commune vinculum* (*a*); y, subiendo de eslabon en eslabon, habreis de llegar al último, que está prendido de la suprema y eterna Ver-

(*a*) Orat. pro Archia, poeta.

dad, y si os desprendeis de él, os perdereis en el cáos de las dudas. Porque, á la manera que la línea espiral, que parte de un punto, se eleva y desarrolla, ensanchándose indefinidamente, del mismo modo nuestra inteligencia, partiendo de una idea simple ó de la observacion de un fenómeno, se eleva, y remonta en sus investigaciones analíticas hasta llegar al borde del infinito; y, detenida allí con pasmoso asombro, tiene que consultar á la ciencia del Infinito, á la Teología. Es porque la humana razon sola, cualquiera que sea la extension de sus límites, no ha podido, ni puede darnos mas que una idea muy incompleta de Dios y de sus atributos. Haced, sino retroceder, y detened por un momento á vuestra vista la rueda veloz de los siglos. Paraos en cualquiera de ellos, y observad lo que fué la ciencia representada por los mas eminentes filósofos de la antigüedad, sin el fundamento de la revelacion divina, y despues meditad lo que fué, y es desde que apareció sobre la tierra la plenitud de esta misma revelacion, como astro brillantísimo, disipando las densas tinieblas de la noche, la misma esencial y eterna Verdad, Aquel que dijo: *Ego sum veritas*, y convenció al mundo de que lo era. Observad tambien cómo se verificó entónces que *lux in ténebris lucet*; y en medio del cáos de la ignorancia y la barbarie parece volvió á resonar la voz creadora *fiat lux, et facta est lux.* Observad, repito, y os convencereis, si no os ciega la tupida venda de las pasiones, que sin este divino y explendente luminar, que es el principio, que explica, y desarrolla la ciencia teológica, el universo todo no es mas que un enigma indescifrable, un conjunto de fenómenos, del que las mas claras inteligencias no pueden dar razon, ó se extravian, inventando absurdos ó contradictorios sistemas. Avanzad hácia adelante, y deteneos un poco en la época del renacimiento, y confesareis á vuestro pesar, porque no podeis desmentir á la Historia, «que el cetro de la ciencia pertenece á la «Europa, tan sólo porque es cristiana: que no ha llegado á este «grado de civilizacion y de progreso científico, sino porque em«pezó por la Teología; porque desde luego las Universidades sólo «fueron escuelas de Teología, y porque todas las ciencias, ingerta-

«das en este tronco divino, han hecho patente la sávia divina por «una inmensa vegetacion." Testimonio de gratitud tan franco como veraz, que tributa á la ciencia sagrada un talento distinguido y verdaderamente filosófico (*a*).

Así, pues, yo recordaré lo que con tanta exactitud decia á este propósito aquel ilustre filósofo platónico, despues célebre apologista del cristianismo y mártir, S. Justino: «Si la verdadera fi-«losofía es la aplicacion de nuestra razon á la investigacion de «la verdad, una vez hallada esta, que es Cristo, toda filosofía, que «en ella no se apoye, ó la contraríe, no es filosofía sino falsa «filosofía, será el error" (*b*).

Ved, pues, profundos pensadores, por qué en el fondo de toda cuestion científica, de cualquier género que sea, os habeis de hallar por necesidad frente á frente de la Teología. Y tales son tambien, Sres., las observaciones, que nos demuestran la importancia de sérios y profundos estudios teológicos en nuestras escuelas eclesiásticas, si hemos de tomar parte, como debemos, en ese inmenso campo de batalla de interminables discusiones, que caracteriza á nuestro siglo, y cumplir nuestra divina mision de enseñar la verdad, y combatir el error, sean cuales fueren las formas, en que se manifieste.

Dedúcese de estas mismas observaciones una consecuencia, que me parece conveniente á mi propósito haceros notar, ó mas bien, que la hace notar el profundo Tertuliano: á saber, que el principio doctrinal de todas las heregías fué, y será siempre esa falsa filosofía, que acabo de indicar, ó sea el Racionalismo, que en el curso de los siglos se ha presentado en oposicion á la doctrina católica con diversos caracteres, ó bajo diversas formas. Expresion exactísima de aquel célebre escritor eclesiástico, que ha sido objeto de las iras de los protestantes, que la han censurado

(*a*) De-Maistre, Veladas de S. Petersburgo, t. II, pág. 266.

(*b*) Dialog. cum Triphon.

con tanta falsedad como mala fé, y cuya vindicacion no es de este lugar.

Y en efecto, Sres., si se examinan á fondo todos los sistemas heréticos anti-trinitarios, los errores opuestos á los augustos misterios de la Encarnacion y de la Redencion humana, y los que aparecieron desde el establecimiento de la Iglesia hasta fin del siglo VII, en que por la sancion del concilio VI general se condenó el monotelismo, última evolucion de las heregías sobre aquellos dogmas capitales de la Religion, hallaremos, que todos tienen por fundamento una especie de racionalismo, que con relacion á aquella época llamaremos *teológico*, cuyo carácter es ó la interpretacion de la divina revelacion por la autoridad privada de los heresiarcas, sobreponiéndose á la divina de la Iglesia, ó el temerario empeño de explicar, ó conciliar el dogma católico con los diversos sistemas filosóficos, entónces dominantes, ó lo que es lo mismo, el exámen de las verdades inmutables de la fé por el falible criterio de la razon humana. ¡Tan grande es la aberracion, á que conduce la ceguedad del orgullo del hombre! Orgullo, empero, y proterva obcecacion, que Dios humilló con el rigor de su justicia, dando lugar á los acontecimientos notabilísimos, que descuellan en la historia de la Iglesia, y ofrecen al sabio observador una prueba luminosísima de ese gran milagro permanente de la conservacion y perpetuidad de la obra de Dios por excelencia, y de su inquebrantable unidad doctrinal. Porque sucedió lo que siempre ha sucedido, y sucederá necesariamente en el desarrollo y progreso de toda heregía, por el vicio radical que la constituye, el Racionalismo: sucedió, repito, que ese género de controversia tan prolongada y tenaz, que al mismo tiempo que afligia, y turbaba profundamente la grey de Jesucristo, esclarecia más y más el dogma, y fijaba la creencia de los fieles, convirtió en una confusion babélica aquel pais clásico de la Religion, el Oriente, cuna del cristianismo y pátria de los mas eminentes escritores eclesiásticos. Oscureciéndose la esplendorosa luz de la fé, se multiplicaron las sectas en tanto número, que su larga nomenclatura abruma la memoria

mas feliz, y sólo ha podido conservar la historia de la Iglesia en extensos catálogos, para confusion de la soberbia del hombre. El imperio civil se debilitaba, y corrrompía desde que le faltó su mas firme apoyo, la unidad católica; y á proporcion que descendía por la ruinosa pendiente de su decadencia, avanzaba con rapidez el terrible y sangriento azote del islamismo, que, saliendo de un rincon de la Arabia, ó mas bien, guiándole la mano vengadora de la Justicia divina, arrasaba, y sumia en la barbarie y en la mas humillante esclavitud aquellas, en otro tiempo, tan florecientes provincias. La brillante antorcha de su civilizacion y cultura científica y artística, se amortiguaba y extinguia gradualmente, y al fin aquel astro luminoso entra en un total eclipse, atravesando por espacio de muchos siglos el oscuro cono de sombra, que sobre él proyecta el opaco y fatal planeta de un racionalismo, que la priva de aquella única é inextinguible luz, que brota del foco de la unidad católica, é ilumina el universo, segun la frase de S. Ireneo.

¡Cuadro tristísimo y profundamente desconsolador! ¡La tan célebre é ilustre Iglesia de Oriente, sepultada hasta el dia entre ruinas y sangre, y hollada por la inmunda planta del musulman! ¡El mónstruo de cien cabezas, de mil sectas heréticas y cismáticas, que la devastó, arrastrándose humillado vilmente bajo el cetro de hierro de tiranos infieles! ¡Mahoma reinando donde reinaba Jesucristo!.. ¿Quién extiende su vista sobre las hermosas provincias del Egipto, del Asia menor y la Siria, y no comprende desde luego que sobre ellas pasó el soplo de la ira de Dios, que castiga, y anonada á los soberbios?

Pero lo que mas hace resaltar las tristes sombras de ese cuadro aterrador, es el contraste, que forma el que nos presenta en la misma época nuestra Iglesia de Occidente. ¡Con cuanta injusticia, Sres, y variedad de opiniones se ha juzgado á ese largo período de la Historia, llamado Edad media! ¡Con cuanta inexactitud y vulgar repeticion se le dá el nombre oprobioso de la media noche de los tiempos, de siglos de hierro! No es esto de todo punto cierto, como probaria, si fuera este mi principal objeto. Cualquiera que

sea, empero, el valor del criterio histórico sobre este punto, aparece siempre un hecho culminante, notabilísimo, que caracteriza el desarrollo de la Iglesia en ese largo período de siglos. ¿Puede negarse que la fé, y sola la fé católica, ese único astro del mundo moral, fué el que difundió su luz benéfica y creadora sobre el inmenso cáos, que formaban las numerosas hordas bárbaras invasoras, gentiles unas, semigentiles y semiheréticas otras, mezcladas en informe confusion con las ruinas del imperio romano? ¿Qué esa luz, y sola ella, porque sola ella podia hacerlo, fué la que ordenó esos elementos tan distintos, colocándolos en su respectivo lugar, formando lentamente pueblos y naciones cultas y civilizadas, cuyo principio constitutivo era la base divina é indestructible del Evangelio; y lo que es mas notable, y un verdadero prodigio, ligándolas todas entre sí con el lazo de la unidad católica? ¿No se presenta á la vista del crítico observador, que al paso que el Oriente descendia por la pendiente rápida de la decadencia hasta llegar á la barbarie, el Occidente progresaba en órden inverso desde la barbarie al mas alto grado de cultura y civilizacion, impulsado y conducido siempre por el principio divino del Catolicismo? ¿Qué ya en el siglo décimo, apellidado siglo de hierro, la luz civilizadora del Evangelio, cuya antorcha brillante recibian los apóstoles misioneros de manos del supremo Gerarca de la Iglesia, Vicario de Jesucristo, se difundia desde la márgenes del Rhin hasta el extremo norte de los paises Eslavos, y desde el Danubio hasta la Escandinavia? ¿Qué las ciencias, las artes y todos los elementos civilizadores emigraron aterrados del Oriente, y fijaron su trono en el Occidente, formando esta culta y científica Europa, de que justamente nos envanecemos? No hay, no puede haber verdadero crítico, verdadero filósofo, cualquiera que sea la secta ó creencia, á que pertenezca, que se atreva á negar esta gloria al Catolicismo, que de buena fé no reconozca que sin él no hay, no puede haber verdadera civilizacion. Pero ¿cómo es, preguntarán, que la doctrina católica dió ese impulso á las sociedades modernas, cómo obró ese cambio prodigioso? Entre las muchas razones, que de ello pudieran darse, y se han dado por los

mas distinguidos apologistas de la Religion, y muy particularmente por un ilustre publicista, gloria de nuestra España, cuyo nombre recordamos con entusiasmo en este momento (*a*), yo señalo una sola, que conviene á mi propósito. Fué, Sres., una de las principales cáusas, porque la Iglesia seguia su curso regenerador, sin que encontrase en su marcha magestuosa al mas terrible enemigo de la fé, que le combatia en el Oriente, la soberbia de la razon, el orgullo satánico, que forma el fondo de toda heregía. ¡Cosa muy digna de notarse! Ni una sola se levanta en el Occidente en ese largo período de tiempo, es decir, desde fin del siglo VII hasta principios del siglo XII, si exceptuamos algunos errores puramente parciales y de localidad, como el adopcianismo en una provincia de España; la de los sacramentarios, Juan Erígena, á mitad del siglo IX (840) y Berengario en el XI (1050); y en el mismo siglo la del antitrinitario Roscelin. Errores, que aparecieron, y se disiparon, como rápidos metéoros, apagados por el soplo divino de la voz autorizada de la Iglesia, y confundidos por la brillante luz, que sobre el Augusto Sacramento arrojaron las obras de Pascasio Radberto contra Erígena, y sobre el altísimo misterio de la Trinidad Beatísima la pluma del mas profundo teólogo metafísico de su tiempo S. Anselmo de Cantorbery. ¡Ah! dígase cuanto se quiera de esa tan renombrada edad media por una crítica mordaz y exagerada; pero no puede dudarse que no la envenenó el contagio fatal del Racionalismo; que era la edad de la fé, que este astro divino la iluminó, sacándola de la oscuridad de la media noche de la barbarie é ignorancia al dia claro y hermoso de la unidad católica, y la elevó al rango de una época verdaderamente civilizada.

Y la Iglesia, Sres., hubiera indudablemente continuado su santa obra de regeneracion religiosa y social, si no hubiese encontrado otra vez en su marcha á su mas constante enemigo, el racionalismo filosófico-teológico, que se presentó con aspecto, disfrazado sí, pero temible en la época del renacimiento. Racionalismo,

---

(*a*) El ilustre Balmes.

que como atmósfera contagiosa, impregnaba la ciencia y literatura griega, que emigró al Occidente. No es este un juicio crítico mio, ni yo me creeria nunca autorizado para emitirlo: lo ha consignado un profundo y sabio escritor de nuestros dias en su excelente obra sobre los orígenes de la revolucion moderna (*a*).

Bien sabida es la nueva forma, que recibió la enseñanza de las ciencias sagradas á principios del siglo XII. No puede negarse el gran servicio, que prestó, y ha prestado á la Religion la Teologia escolástica, representada por sus célebres maestros, Hildeberto, arzobispo de Tours (*b*), á quien creen algunos, aunque sin sólido fundamento, que copió Pedro Lombardo, conocido con el nombre de Maestro de las Sentencias. Grande es el mérito de los ilustres comentadores de este célebre teólogo, sobresaliendo entre todos el justamente llamado Sol de las Escuelas y Doctor angélico, que lo fué, no sólo por este concepto, sino por haber cristianizado, digámoslo así, la filosofía aristotélica, y haber formado un cuerpo de doctrina teológica en su inmortal obra de *La Suma*. En ella se encuentra una claridad, un rigor lógico, y aun puede decirse geométrico, que ha sido y será siempre la admiracion de los sabios de todos los siglos. Debemos reconocer, que á ejemplo de este gran Maestro, la Teología escolástica regularizó el órden y método de los estudios modernos, y se empleó, como un arma poderosisima, para combatir todas las heregias. Pero, esto no obstante, es un hecho incontestable, consignado en aquel período de la Historia, examinado hoy á la luz de una crítica imparcial, que se despertó en muchos teólogos, sin que ellos mismos previeran las consecuencias, un prurito, ó empeño de explicar, y sondear los dogmas de la Religion por los principios de la filosofía aristotélica; objeto preferente y aun apasionado de aquellos tiempos: método que en su fondo no es mas que un racionalismo teológico; pero llevado á tal extremo, que alarmó á los doctores del tradicionalismo, ó de la forma expositiva. De aquí nacieron aquellas dos escuelas ó par-

(*a*) El abate Gaume: Historia de la Revolucion.

(*b*) Muerto en 1132.

tidos, llamados los del primero *Doctores sententiarii,* discípulos de Pedro Lombardo, que involucraron la doctrina de este con una infinidad de cuestiones inútiles y frívolas, llevando hasta el exceso las sutilezas dialécticas y metafísicas; y los segundos *Doctores biblici.*

Ya ántes de estos célebres disputadores, teólogos muy sensatos, como S. Bernardo, Pedro el Chantre, Gautier y algunos otros, se opusieron con todas sus fuerzas á los teólogos filósofos; y mucho más el primero, que penetró el abismo, en donde se precipitaba una razon orgullosa, como la de Gilberto de la Porrée, Pedro de Bruis, y la de su terrible adversario Abelardo, verdadero herege racionalista.

Es lo cierto, Sres., que el vicio, que entrañaban los estudios teológicos, aquel lujo de Dialéctica y Metafísica, era el principio de un cáncer latente en el seno de la Iglesia, que desde entónces y en el curso de los siglos siguientes brotó en esas innumerables sectas disidentes de los Tanquelinos, Petrobusianos, Arnaldinos, Waldenses, Catharos, Albigenses, Begardos, Beguinos, Fratricelos, y otros muchos, entre cuyos errores dominaba uno capital, que era comun á todos, la rebelion contra la autoridad de la Iglesia, contra todo órden gerárquico, un orgulloso racionalismo, encubierto bajo ciertas formas exteriores de pietismo y de austeridad.

No debo omitir el hacer ligera mencion, porque es digno de notarse, de una especie de racionalismo, que llamaremos *político*, que apareció al principio del siglo XIV (1302), en el fatal reinado de Felipe IV de Francia, llamado el Hermoso, y del Pontificado de Bonifacio VIII, porque en los lamentables acontecimientos, que entónces tuvieron lugar, se fija precisamente la época, en que principiaron las ruidosas y tan funestas tendencias de la invasion del poder civil en los sagrados derechos de la Iglesia; es decir, la razon política en oposicion con la autoridad divina de la Maestra de la verdad.

El cáncer del Racionalismo, pues, seguia extendiendo su corrosivo veneno por los miembros del cuerpo religioso y social, cuando apareció, á fines del siglo XIV (1375), el principal agente de su

propagacion, el Cura inglés de Luithenvorh, Juan Wiclef. Así como el filósofo persa Manés reunió los múltiples errores gnósticos en su sistema de dualismo, del mismo modo el heresiarca inglés fundió todas las heregías dominantes en un cuerpo de doctrina, cuya base y fundamento era siempre el Racionalismo, la negacion de la autoridad religiosa. Y no obstante la condenacion, que contra los diez y nueve artículos, extractados de sus obras, pronunció el Sumo Pontífice Gregorio XI, y el anatema posterior del Concilio de Constanza, el error, sin embargo, echó profundas raices, y difundióse en el centro de la Alemania por los discípulos de Wiclef, Juan Hus y Gerónimo de Praga. El contagio heretical lo iba inficionando todo. Los inmensos males, el lamentable cisma, que surgió en la eleccion de Urbano VI, y afligió profundamente á la Iglesia por espacio de cuarenta años, la relajacion de la disciplina, que era consiguiente, la desmoralizacion é ignorancia, en que estaban sumidos los pueblos de Alemania, y otras várias concáusas, que no es del caso enumerar, todas estas circunstancias prepararon el campo, para que el hombre enemigo sembrara la zizaña de la mayor y mas terrible de las heregías. Salió del fondo del abismo, segun la frase del Apocalipsis, el negro torbellino del humo del error, que oscureció el claro sol de la verdad católica, y multiplicóse como la plaga de langostas, que salió del Averno. Satanás eligió al célebre apóstata de Witemberg para esta terrible mision, y proclamóse la sacrílega rebelion contra toda autoridad; es decir, apareció el Racionalismo religioso en su mas espantoso desarrollo, cubriendo de ruinas y sangre á casi toda la Europa: tras el racionalismo religioso vino, como natural consecuencia, á fines del siglo anterior, el racionalismo filosófico, que produjo una ciencia atea y materialista, horrible contagio anti-religioso é impío, que ha invadido y envenenado todo el cuerpo de la sociedad moderna; y en pos, en fin, del racionalismo científico, el racionalismo político y social de nuestros dias, que..... ¡ah, Sres.! yá lo veis.....

Los estrechos límites de un discurso no me permiten determinar el carácter propio de las distintas fáses, con que este error

fundamental de toda heregía ha venido presentándose en el curso de los siglos; es decir, las cáusas ocasionales, que lo han producido, los medios pérfidos, con que ha combatido sin tregua la doctrina de la fé, y sus naturales perniciosas consecuencias. No puedo ménos, sin embargo, de llamar vuestra atencion, para que fijeis la vista en ese formidable enemigo, que tenemos hoy frente á nosotros, que nos acecha, que nos persigue, que maneja diversas armas con infernal astucia. Yá se ostenta con fastuosa y deslumbradora ciencia, para alucinar y seducir, yá encubierto con la máscara de la hipocresía, yá con la mentira, el insulto y la calumnia, yá, en fin, con una saña satánica, cuando se ve descubierto.

Nada mas perjudicial á la causa de la verdad, que no conocer perfectamente á los enemigos, que la combaten. ¿Y se conoce bien todo el conjunto de errores y de iniquidades del racionalismo moderno?.... No tengo la presuncion de poseer la suficiente ciencia y critério para juzgarlo. Por lo mismo suelto mi pluma, y tomo la de un sábio Prelado, profundo filósofo y publicista contemporáneo (*a*), que nos lo describe con toda su horrible fealdad.

El docto Obispo de Aquila principia recordando esta frase tan exacta de nuestro compatricio, el eminente filósofo y ejemplar católico Marqués de Valdegamas: «La sociedad está muriéndose, sus extre- «midades están ya frias, y su corazon lo estará muy luego." Y despues continúa: «Aunque aquel hombre célebre emitia una proposi- «cion acaso exajerada, y de todos modos muy dolorosa, á lo ménos «encierra en parte una gran verdad. Muchos signos están confir- «mando su triste prevision, y todos vemos á la Europa descender «fatalmente por un plano inclinado á un abismo de perdicion para «las almas y de ruina para la sociedad. Diariamente muchos sín- «tomas espantosos, y por desgracia irrefutables, atestiguan la gra- «vedad de la situacion. Al reflexionar sobre el estado, á que se «encuentra actualmente reducida la Europa, nadie puede dejar de «reconocer, que se halla atacada de la mas grave enfermedad, que

(*a*) Discurso del Sr. Obispo de Aquila, pronunciado en una Academia de Roma ante un gran número de Cardenales, Obispos y otros hombres eminentes.

Iglesía, y los mas sábios antiguos apologistas de la Religion. Con la demostracion incontestable del grande hecho de la revelacion divina, con la explicacion uniforme, constante, tradicional, con la uniformidad de creencia de todos los siglos y de todas las Iglesias de los mas apartados paises, distintos entre sí por sus diversas leyes, caractéres y costumbres; uniformidad que vive consignada en su historia y disciplina, con todo este peso de argumentacion, de que tan oportunamente usaron un S. Ireneo y un Tertuliano, pulverizaron todas las herejías. Empuñemos las armas que empleó un Orígenes en su nunca bien ponderada apología contra el filósofo Celso. Adoptemos su género de argumentacion, su demostracion de la verdad del cristianismo por los hechos, es decir, por los grandes hechos universalmente reconocidos por la historia profana y sagrada. La existencia de una religion primitiva revelada, anterior á todo otro culto, á toda idolatría; la existencia de los libros sagrados, anteriores á toda otra Escritura; las profecías, que en ellos se contienen, su realizacion y cumplimiento exacto en los tiempos, lugares y personas predichas; los milagros conocidos y confesados por los mismos enemigos de la religion. El hábil y elocuente raciocinio sobre estos acontecimientos históricos hicieron enmudecer á aquel terrible enemigo del cristianismo. ¡Qué arsenal tan bien provisto de este género de armas para la controversia tenemos en las dos magníficas apologías de S. Justino y en la del profundo Tertuliano y de otros ilustres escritores de los primeros siglos! Es entre ellos notabilísimo el sábio Obispo de Alejandría, S. Cirilo, por sus preciosos doce libros contra el apóstata Juliano, ó mas bien contra su maestro y favorito el gentil filósofo Libanio. No se ha objetado por los impíos modernos un solo argumento que no esté expuesto y refutado en aquella excelente obra, si exceptuamos tan solo los que la impiedad ha tomado de los adelantos de las ciencias físicas. Los enciclopedistas han tenido la insigne mala fé de tomar de estos libros, porque no existen íntegras las obras de Juliano, las objecciones de este, callando las contundentes respuestas de aquel santo Padre. Explotemos, pues, esta riquísima mina científica, hasta ahora no bien explotada, ni bastante-

mente conocida. Manejemos aquellas mismas armas, afilándolas, y templándolas como conviene al estado actual de la crítica y de la ciencia de nuestra época, y de seguro seremos invencibles.

Y no puedo ménos de hacer notar aquí la sabiduría y buen criterio, que presidió á la formacion del plan de estudios de nuestros Seminarios: sabiduría, que han reconocido aun los mas prevenidos contra estos establecimientos. Porque se ordena en él que en los cursos de estudio del dogma se enseñe simultáneamente la Historia y Disciplina eclesiástica; y en los de Hermenéutica y Exegesis sagrada, la Patrología. Con este método el estudiante teólogo con la antorcha de la historia en una mano y en la otra la práctica constante é invariable de la Iglesia, no vé en el dogma una mera abstraccion, que se fija en la memoria, ni unas síntesis aisladas, sino hechos divinamente establecidos, perfectamente explicados y definidos por la autoridad de la Iglesia, íntimamente relacionados, prácticamente aplicados á la vida interior espiritual de los creyentes: hechos sensibilizados, digámoslo así, y accesibles á la inteligencia de todos en la enseñanza de la disciplina fundamental, observados en todos los siglos y por todas las Iglesias ó partes componentes de la Iglesia universal. La Patrología, además de dar al teólogo un conocimiento de las inestimables obras de los Stos. PP., reglas de crítica para interpretarlas, para cerciorarle de su autenticidad, para hacerle descubrir en ellas fuentes riquísimas de la tradicion, de todos los ramos, en fin de las ciencias sagradas, pone en sus manos la norma segura de criterio, para interpretar las Santas Escrituras en su verdadero sentido, que es, y no puede de ser otro que el tradicional, y mucho mas cuando se trata de cuestiones dogmáticas, morales y de disciplina fundamental; para demostrar la inspiracion divina de los sagrados libros, su autenticidad, su integridad. Hé, ahí, Sres., porque se ha dado en nuestros dias tanta importancia al estudio de la Patrología, no solo en las escuelas eclesiásticas, sino en las seglares. Los literatos de nombradía no se reputan por tales, si no colocan en sus bibliotecas las obras de estos eminentes escritores, para ejercitarse en su estudio y consultarlas. ¿Quién de ellos no lee con

interés, y aun con entusiasmo por su mérito literario, las elocuentes apologías del Cristianismo, las de un San Justino, de un Tertuliano, de un Lactancio, las Octaplas de Orígenes, tipo y modelo de las Políglotas modernas, los Estromas de Clemente Alejandrino, las Etimologías de nuestro ilustre San Isidoro, las magníficas é inimitables oraciones fúnebres de San Basilio y de San Gregorio el Nazianceno, que tan bien supieron imitar los Bossuet, los Fenelones y otros oradores eminentes?

La ciencia moderna, volviendo á mi anterior observacion, además de orgullosa y falsa, es esencialmente materialista. Las fórmulas dialécticas, los principios metafísicos le cáusan náusea, y los desdeña, si no los niega, como muchos filósofos incrédulos contemporáneos. No salen, ó no quieren salir, del terreno de lo puramente fenomenal: á los hechos, y sólo á los hechos se atienen. La Historia en todas sus manifestaciones es su estudio favorito, es su arsenal y su repertorio de argumentacion; pero mintiendo á la Historia, tergiversando, ó falsificando los hechos, explicándolos por una crítica arbitraria ó acomodaticia á sus sistemas ó errores preconcebidos, siguiendo en esto á su maestro Voltaire, el tristemente célebre gefe de la impiedad del siglo XVIII, en su pésima obra de la *Filosofía de la Historia.* ¡Cuán cierto es, por desgracia, lo que á este propósito ha dicho un sabio de nuestros dias, «que la «Historia de tres siglos á esta parte no es mas que una constante «conspiracion contra la verdad!» A este campo, pues, nos llama á combatir esa ciencia moderna: sigámosla, que armas tenemos, para vencerla.

Los dogmas católicos, Sres., dijo con mucha exactitud el Canciller Bacon, son *hechos* divinos, y que como tales los recuerda, y sensibiliza la Iglesia en sus solemnidades, de tal modo, que cada una de ellas es un recuerdo y una enseñanza de un hecho divino de un órden sobrenatural, una manifestacion del poder, sabiduría y bondad de Dios. Es cierto, que aquellos no son demostrables *á priori:* seria una insensatez exigirlo. La razon de sus obras Dios, y solo Dios puede conocerla, porque sólo Dios es quien puede pe-

netrar lo que hay en sí mismo, como dice S. Pablo (*a*): son operaciones eternas, infinitas, incomprensibles; son investigables, segun la frase del mismo Apóstol (*b*). Pero son, no obstante, perfectamente, convincentemente demostrables *á posteriori*. Principiad por el Dogma de la existencia de Dios y el de la Creacion, y llegad hasta el último de los Sacramentos, y hallareis siempre hechos divinos, con caracteres de tales tan patentes y accesibles á toda inteligencia, que la razon mas suspicaz y prevenida no puede menos de reconocer. ¿Pues qué podrá ésta negar jamás en la investigacion histórica de la Religion, la existencia de un Moysés como Profeta inspirado, la de los libros sagrados, depósito de la primitiva revelacion escrita, anterior á todo otro libro, las profecías que contienen, su exacto cumplimiento en la série sucesiva de los siglos: los grandes milagros, lenguaje solemne del Omnipotente, lleno de luz irresistible, con que revela al hombre las obras de su poder, bondad y sabiduría: prodigios vistos y reconocidos por naciones enteras creyentes y no creyentes? ¿Podrá cerrar sus ojos á la plenitud de la revelacion, hecha por Jesucristo; al gran milagro del rápido y universal establecimiento de su Iglesia dentro y fuera del Imperio romano; á la conversion al cristianismo del mundo civilizado y no civilizado? ¿Se negará á reconocer el mayor de todos los caracteres divinos de la Religion, visible á todos, el gran milagro por excelencia permanente de la indefectibilidad de la Iglesia en medio de tantos elementos contrarios, humanos é infernales, que se aunan con tenaz furor, para destruirla? ¿Qué noble y despreocupada inteligencia, en fin, qué buena filosofía no admira con profunda conviccion y asombro esa obra divinísima entre las obras divinas, (permítaseme esta frase), ese plan sublime, que no ha sido, ni puede ser parto del espíritu del hombre, que abraza toda la duracion de los siglos, su admirable unidad y enlace, esa cadena de hechos, que se suceden, que no dejan ningun vacío, y en la que nada puede se-

(*a*) Quæ sunt Dei, nemo cognovit, nisi Spiritus Dei. 1. Cor. II. 11.

(*b*) ¡Quam incomprehensibilia sunt judicia ejus, et investigabiles viæ ejus! Ad Rom. c. XI, v. 33.

pararse: esa cadena de verdades, probadas por estos mismos hechos, relativas siempre á las necesidades actuales y á la situacion, en que se encuentra el género humano?

¿Y entre los grandes génios, que ántes de ahora y en el dia han atacado el Catolicismo, existe alguno, que haya destruido ni uno solo de esos robustos fundamentos, en que descansa? ¿Se ha presentado una sola observacion, que no haya sido victoriosamente contestada?

¿Qué hace, pues, el Racionalismo moderno en la plenitud de la luz, en medio del siglo llamado científico, despues de la série no interrumpida de pruebas de todos géneros, por donde ha pasado la Verdad católica siempre radiante, siempre invencible? Encerrarse dentro del círculo de una ciencia falsa, absurda, porque se llama ciencia, y no lo es, la ciencia de las negaciones: la negacion del supernaturalismo, ó sea el órden sobrenatural, que nos revela la fé: la negacion del espíritu y del corazon con sus elevadas aspiraciones á lo eterno y á lo infinito, para sumergirse en el cieno de la materia: la ciencia materialista, resumida en este brutal principio de un escritor funestamente célebre de nuestra época: *Maximar el placer, y minimar el dolor* (*a*).

¡Y quién lo creyera, señores, que errores tan estúpidos y subversivos de todo órden moral, religioso y social, hayan tenido serviles propagadores! ¡Que profesores, que visten la honrosa toga de la enseñanza pública, hayan dicho ante una juventud inexperta que no hay mas ciencia que la economía política, es decir, la ciencia de enriquecerse y gozar, segun el concepto, que de ella han formado los filósofos materialistas! Ciencia, por último, esencialmente atea; término fatal, á donde llega la obcecada inteligencia humana, que se separa de la recta senda, por donde debe dejarse guiar á la luz esplendorosa de la fé. No es esta una vana declamacion contra el error, es una verdad demostrada por la experiencia y por el curso natural de las sectas modernas, que todas vienen á fundirse en un ateismo negativo. Oid sinó el raciocinio de un orador impío, pero

(*a*) Bentham.

lógico, que ha hablado hoy á la faz de un siglo llamado civilizado. Si admitimos la existencia de Dios, ha dicho, es forzoso que admitamos tambien un culto, un sacerdócio, una autoridad religiosa, una Iglesia: neguemos, pues, á Dios, y caerán por tierra el culto, el sacerdocio y la Iglesia.... ¡O mengua, oprobio y degradacion de la razon humana! ¡Así ultrajan la dignidad del hombre los que se proclaman sus defensores! Discurramos, pues, nosotros en sentido inverso con la antorcha de la revelacion, y tambien con ese fulgor divino de la razon. Demostremos con la verdad de una profunda ciencia teológica esa série de dogmas, y caerá pulverizado ese racionalismo ateo. Hé aquí toda la importancia y la apremiante necesidad actual de nuestra enseñanza eclesiástica.

Pero aun saliendo de este terreno firme, en el que siempre ha sido vencido el Racionalismo bajo cualquiera forma, con que se haya presentado, podemos combatirle en su propio campo, en el de la filosofía. Yo no hago mas, porque no puedo, ni debo hacer en este momento otra cosa, que señalar la brecha por donde atacarle directamente, el punto vulnerable, para derribarle en tierra. Semejante á la colosal estátua de Nabucodonosor, que quiso ser adorado como una divinidad, tiene el Racionalismo como aquella por punto de apoyo un cimiento de barro, es decir, la falsedad y el absurdo, cuya soberbia figura cae desplomada, si es herida por la pequeña piedra de un concluyente raciocinio.

¡Qué! exclama esa mentida divinidad; ¿queréis encerrar nuestra noble y progresiva inteligencia en el estrecho círculo de la fé, que nunca se ensancha, en esa doctrina siempre estacionaria? «¿Queréis encadenar la razon humana al pié de un altar? El mundo es «bastante grande, y en él pueden caber todos los hombres, cualesquiera que sean sus creencias.» Expresion ampulosa de un filósofo indiferentista contemporáneo, mas poeta que filósofo (*a*). El pensamiento, añaden, es libre como el aire en todas sus manifestaciones: en vano os empeñais en poner obstáculos á su espansion progresiva.

Hé aquí, señores, unas ideas que, á fuerza de repetirse por

(*a*) Lamartine: en su viage á Tierra Santa.

hombres, que pasan por profundos pensadores, y de consignarse en toda clase de escritos, tanto en el libro sério como en el superficial periódico, se admiten ya por principios, sin que aquellos se hayan tomado el trabajo de demostrarlos; y son sin embargo muy grandes errores, evidentes absurdos.

¡Que la fè encadena la inteligencia! ¡Qué afirmacion tan osada, como falsa!: ó mas bien, ¡qué completa ignorancia de lo que es el dogma católico! La fé, ese luminar divino, que es al mundo moral lo que el sol al mundo físico, léjos de encadenar á la razon, le descubre inmensos horizontes de verdades de todo órden, que la hacen verdaderamente progresiva sin el peligro de extraviarse; bien así como el telescópio de gran potencia descubre al ojo del observador una interminable inmensidad.... ¡Estacionaria la doctrina de la fé! Pues qué, ¿si la fé es la verdad divina revelada, no ha de ser necesariamente inmutable, como Dios mismo? Y esa misma verdad ¿no abre á nuestra inteligencia abismos insondables de luz, en donde puede dilatarse en espacios indefinidos en la investigacion y conocimiento de las obras de un Dios infinitamente sábio y poderoso?

¡Libertad absoluta, omnímoda del pensamiento en todas sus manifestaciones! Y yo diría: última manifestacion de un orgullo insano, gran falsedad, grande y evidente absurdo. Sí, señores, preciso es proclamarlo desde lo alto de una cátedra, siquiera nos expongamos á la miserable burla de los pretendidos sábios. No hay, no existe, no puede existir tal libertad de pensar. No hablo de la libre actividad del pensamiento en la investigacion de la verdad desconocida ó dudosa, que es la verdadera filosofía. La reconocemos con el dicho célebre de San Agustin, *in dubiis libertas*: la reconocemos con el testimonio de los libros sagrados, porque el Criador ha entregado los profundos y ocultos misterios, que encierran sus obras á la disputa y á la accion de la inteligencia del hombre, sin que le sea posible jamás escudriñarlos todos (*a*). Mas no es esta la libertad del pensamiento, que proclama el Racionalismo: es la libertad de no

(*a*) Mundum tradidit disputationi eorum, ut non inveniat homo opus, quod operatus est Deus ab initio usque ad finem. Eccl. c. 3, v. 11.

creer verdad alguna, que la razon no comprenda, sea del órden religioso, sea del moral, social ó político: la de no admitir mas regla de creencia que la razon individual: esta es la base de su absurdo sistema.

Sí, señores, absurdo, porque no existe, repito, ni puede existir tal libertad de pensar; la rechaza aún la misma ciencia psicológica. No, no es posible, sino que es todo lo contrario, porque el pensamiento es esclavo de la verdad demostrada. No puede negarla, no puede dejar de creerla, así como el sentido de la vista no es libre, para no ver los objetos, que la luz le descubre. ¿No sería un absurdo, ó mas bien, una verdadera demencia decir que nuestro entendimiento es libre, para creer, ó no creer que tres y dos son cinco, ó que el todo es igual á sus partes? Pues igual absurdo y demencia sería admitir la libertad del pensamiento, para creer, ó no creer las verdades de la fé y los principios de moral, perfectamente demostrados hasta la evidencia por un raciocinio inflexible, por hechos incontestables y hasta por el sentido comun: la verdad moral no es menos evidente que la verdad física (*a*).

¿Pero cómo someterme á creer, añade el racionalista, lo que mi razon no alcanza, lo que es contrario á la razon misma? Objecion infundada, de todo punto falsa: porque para decir que hay contrariedad, que no es admisible una afirmacion, es preciso conocer perfectamente sus términos. Así podemos enunciar con seguridad que un triángulo es contrario á un círculo, y lo que se dice del uno no puede afirmarse del otro, porque conocemos con exactitud sus propiedades. En una afirmacion dogmática, contrayéndome á la verdad religiosa, un término es, y debe ser impenetrable á la razon humana, aunque evidentemente demostrable y creible *á posteriori,* como ya ántes dije, puesto que en ese término entra siem-

---

(*a*) No intento con esto decir que la virtud de la fé puede adquirirse por los esfuerzos de la razon humana. La fé es un don puramente gratuito sobrenatural: solo afirmo que la sana razon no puede negarse á creer los motivos de credibilidad, en que la fé se apoya y se le proponen por medio de la predicacion ó de la enseñanza católica, que es tambien una gracia externa. *Fides vestra non in sapientia hominum sed in virtute Dei.* 1. *ad Cor. c.* 2. *v.* 5.

pre la idea de lo infinito, de lo eterno, de lo sobrenatural. Y si esto no se conoce, ni puede conocerse bien, porque es indemostrable *á priori;* si aún la filosofía no ha descubierto con precision ni lo que es el tiempo, ni la extension, ni el espacio, nociones, que muchas veces se combinan en la afirmacion de la doctrina de la fé, ¿cómo se dice, y se repite hasta la saciedad, que estas son contrarias á la razon?..... ¡Ah! Lo que ciertamente es contrario á la razon es esa negativa racionalista, como afirmaba el gran P. S. Bernardo, arguyendo al orgulloso Pedro Abelardo: «*¿Quid magis contra rationem*, decia, *quam ratione rationem conari transcendere? ¿Et quid magis contra fidem, quam credere nolle quidquid non possit ratione attingere*" (*a*). Pretender con la limitada razon del hombre alcanzar la razon de las obras de Dios ¿no sería tan absurdo, á la par que ridículo, como empeñarse en que la órbita de la Luna corte la de Saturno, ó que el estrecho círculo de nuestro pensamiento, siempre limitado, haga concéntrico á aquel *Circulo Infinito*, cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna, segun la bella comparacion de un filósofo?.... ¿Y es esto racional? ¿Es esto filosofía, ó filosofismo? (*b*) Es esto progreso científico? ó es el error, el absurdo, la negacion erigida en ciencia, el oprobio y la degradacion de la razon misma?.... Es mas, Sres., y esto descubre la verdadera cáusa de tan lamentables aberraciones; es que una filosofía materialista, atéa en su fondo, pugnando con la conciencia íntima del hombre, para realizar su soñada absoluta independencia, hace desesperados esfuerzos, para apagar *ese lumen inextinguibile* (*c*), ese reflejo del rostro divino, que Dios mismo irradia en el centro del alma (*d*), sumergiéndolo en el cieno inmundo y fétido de la corrupcion, en que han hundido sus corazones los llamados reformadores de la humanidad.

(*a*) Epist. ad Inocenc. II contra Abælard.
(*b*) Esta palabra *filosofismo* es precisamente el opuesto de *filosofía*. Las dos de orígen griego, significan, esta amor de la sabiduria, amor de lo verdadero, aquella amor del *sofismo*, amor de lo falso.
(*c*) Inextinguibile est lumen illius: Sapient. c. 7. v. 10.
(*d*) Signatum est super nos lumen vultus tui. Ps. 4. v. 7.

Decia el gran Bosuet en su admirable discurso sobre la Historia universal que, cuando la nacion judáica se aproximaba á su total inevitable ruina, Dios para castigar su obcecacion, su protervia, y el horrendo crímen del Deicidio, le habia retirado su divina luz, para que, oyendo á una turba de falsos profetas, se consumase su exterminio. ¿Y no podemos decir tambien nosotros que la justicia inexorable del Altísimo quiere confundir la soberbia de nuestro siglo con el mas terrible de sus castigos, envolviendo en densa niebla el divino luminar de la razon, y entregando sus pretendidos filósofos á su réprobo sentido, para que se precipiten, y con ellos sus secuaces, en el abismo de los mas groseros y estúpidos errores y de la mas degradante corrupcion? Errores y corrupcion, que al fin han de empujar á la sociedad humana hácia el caos de la barbarie, y de un paganismo de peor género que el de los pueblos antiguos.

Tal es, pues, en su esencia y en sus resultados el Racionalismo atéo, base y fundamento de la falsa ciencia moderna, tan vulnerable, como acabo de indicaros, tan insubsistente como el error y el absurdo, en que se apoya.

¡Y sin embargo, los racionalistas aún nos retan con increible audacia, y á nombre de la razon, y á nombre de la ciencia! ¡Y preséntannos como triunfo de sus conquistas numerosas falanges de sectarios de su sistema! ¿No veis, nos dicen con arrogante altivez, que las mas distinguidas inteligencias, los grandes génios pensadores, todos los hombres ilustrados militan yá en nuestro campo? Vuestros mismos heresiarcas, que vindicaron los derechos de la razon, ¿no han salido de las líneas avanzadas de la gerarquía eclesiástica, y se han pasado á las nuestras, sean las que fuesen sus diversas opiniones, pero siempre sobreponiendo la autoridad de su razon á la autoridad religiosa? ¿Podeis negar que los sistemas doctrinales anticatólicos han alcanzado inmenso crédito y duracion, y han dominado en extensas regiones?

Nada mas fácil, Sres., que hacer enmudecer con respuestas contundentes ese fastuoso clamoréo de una ciencia tan falsa, como

orgullosa, ciega y hasta estúpida por su propio orgullo. ¿Pues qué, os diremos nosotros á la vez, á vuestras numerosas filas de pretendidos sábios, y mas ó menos trasparentemente hombres inmorales y corrompidos, no os presentamos nosotros brillantes escuadrones de verdaderos y profundos sábios de probada virtud? ¿No lo eran los primeros apologistas del Cristianismo, que vinieron del filosofismo ó racionalismo gentílico al campo de la Iglesia, á combatir lo mismo que antes creian ó enseñaban? Podreis negar la profunda ciencia y rectitud de corazon de un San Justino, que triunfó con su elocuencia de la resistencia y tiranía del Emperador y del Senado Romano; la sabiduría de un Cláudio Apolinar, de un Atenágoras, de un Irenéo, de un Feliz Quadrato, de un Orígenes, de un Tertuliano y de otros innumerables de los siglos primeros, y de los eminentes y esclarecidos escritores católicos de nuestra época? ¿Habeis podido destruir una sola de sus robustas pruebas del Cristianismo? ¿No han pulverizado mil veces los sofismas, que no cesais de repetir con perversa obstinacion? ¿No inclinais vuestra frente cubierta de rubor ante esas grandes lumbreras del saber y de la virtud, á quienes justamente llamamos Padres y Doctores de la Iglesia, testigos intachables y legítimos de la tradicion católica, que, sin embargo de haber pertenecido á distintas escuelas filosóficas, y haber escrito en diversas regiones y tiempos, no discrepan un ápice en la enseñanza del dogma y de la moral cristiana?... ¿No os anonada el peso enorme de la autoridad de los innumerables Pastores de la Iglesia de todos los siglos y de todos los paises, que con admirable conformidad han conservado íntegro, y enseñado siempre el credo apostólico? ¿No os deslumbra el fulgor divino, que resplandece en esa universalidad y perpetuidad invariables? ¿No habeis observado cómo ese contínuo y espumante oleage de sistemas y de errores heréticos é impios se ha estrellado constantemente contra esa roca indestructible de la Cátedra Pontificia, segun la promesa de Jesucristo, que la puso por fundamento del magestuoso é imperecedero edificio de la Iglesia? (*a*)

(*a*) Qui ceciderit super lapidem istum, confrigetur. Math. 21. 44.

Confesamos sin dificultad, y reconocemos, que todos los heresiarcas han pertenecido á la gerarquía eclesiástica, si exceptuamos á los corifêos de los Iconoclastas, los Emperadores, tan bárbaros como ignorantes, Leon Isáurico y su hijo Constantino Coprónimo, que por una cáusa puramente política derramaron torrentes de sangre cristiana, para establecer, y propagar aquella heregía. Pero ¿qué vale esta objecion contra la autoridad divina de la Iglesia? Contestaremos á ella en pocas palabras con el profundo Tertulíano en su admirable obra *De Prœscriptionibus*, refutando á los racionalistas iluminados, los gnósticos: decimos con este sábio escritor que la fé tiene por fundamento una autoridad infinitamente superior á la autoridad de los hombres, cualquiera que sea su saber y categoría: que por la fé juzgamos á los hombres, y no de la fé por las opiniones de los hombres. *¿Ex personis probamus fidem, an ex fide personas?* (*a*)

Nada, pues, nos intimidan ni fascinan las llamadas reputaciones literarias, ni la nombradía de los profundos ingenios, ni las oposiciones de los célebres filósofos, tan várias é inconstantes como lo son todos los errores, y por lo mismo incompetentes de todo punto, para imponer autoridad: todos se anonadan, y desaparecen ante los divinos resplandores de la fé, como desaparece la opaca luz de los planetas á presencia del astro del día.

¿Y qué diremos de esos altivos alardes de proselitismo, de que tanto se jacta el Racionalismo moderno, para darse una autoridad, que no tiene, ni puede tener? Tanto los sistemas heréticos antiguos, nos dicen, como las teorías de la ciencia moderna anticatólica ¿no han hecho inmensos progresos entre las personas ilustradas, no han invadido yá todos los paises cultos, no constituyen yá el fondo de su política, de su legislacion y de sus costumbres? Es cierto, tristemente cierto; ¿pero cual ha sido, es, y será la razon de ese proselitismo, la cáusa verdadera de la propagacion de todos los errores

(*a*) ¿Quid ergo si Episcopus, si Diaconus, si Doctor, si etíam Martyr lapsus é regula fuerit, ideo hæreses veritatem videbuntur obtinere? ¿Ex personis probamus fidem, an ex fide personas? Lib. De Præscriptionibus c. 3.

y sistemas antireligiosos? ¿Son acaso la verdad, los principios sólidos y demostrables en que se fundan?.... No: contesta la Historia con su autoridad irrecusable. Es un hecho, consignado en ella, muy digno de notarse, constante, invariable, sin excepcion alguna, que, si esos sistemas han alcanzado crédito, duracion y propagacion, lo han debido, sin duda, á la proteccion de los poderes públicos, que de buena ó mala fé, ó por intereses políticos ó privados, ó dominados por pasiones indignas, han empleado la astucia, la hipocresía, y hasta la crueldad tiránica contra el divino magisterio de la Iglesia; y que ha bastado solamente, no el protectorado de aquellos, sino sólo la libertad de ésta, para disipar, y hundir en el descrédito y el olvido á todos sus enemigos. Esto dicen y atestiguan todas las páginas de la historia de toda la Era cristiana, en todas sus épocas; testimonio unánime é irrefragable, que los preciados de críticos no ven, ó no quieren ver, porque del exámen imparcial de las cáusas de un hecho tan evidente, brotaria una luz, que los llenaria de confusion, y les obligaria á rendir sus inteligencias, reconociendo la fuerza irresistible de la verdad católica.

Por esto es, Sres., que todos los gefes de sectas han dirigido sus constantes conatos á atraerse el favor y la cooperacion de los Príncipes, ó de los gobiernos supremos, para dar á sus errores una autoridad, que no tienen. ¿Podrá negarse este hecho, sin contradecir con ciega obstinacion ese luminoso testimonio de la Historia? La îdolatría misma, con todas sus absurdas creencias, con todos sus célebres filósofos, con todas sus preocupaciones seculares, con todas sus corrupciones divinizadas se habria disipado como el humo, y desaparecido aun de enmedio del Imperio Romano, desde el momento, en que resonó la voz de la predicacion evangélica con ese conjunto sorprehendente de caracteres divinos, si, como dice Bossuet (*a*), la razon política no hubiese preocupado con increible pertinacia á los Emperadores y al Senado. Gloriábase Roma de ser una ciudad santa por su fundacion, consagrada desde su

(*a*) Discurs. sobre la Hist. univers. cap. 26.

orígen con auspicios divinos, y dedicada por su fundador al Dios de la guerra: creia deber sus victorias y engrandecimiento á su religion, y que por eso habia subyugado á las naciones y á sus dioses. Esta fatal preocupacion la cegó hasta el punto de no ver la brillante, benéfica y civilizadora luz del Evangelio, y armó su brazo con la segur, que derramó torrentes de sangre cristiana por espacio de tres siglos. Hé aquí la razon, por que el profundo Tertuliano decia en su apologético, despues de exponer las pruebas luminosísimas del cristianismo, que los Emperadores se harían cristianos, si pudiesen continuar siendo Emperadores.

Si pasamos adelante investigando en la historia los orígenes y progresos de las heregías, se verá con toda evidencia que no habria existido el arrianismo, si unos áulicos hipócritas semi-arrianos no hubiesen sorprehendido la buena fé del gran Constantino hasta el extremo de hacerle firmar el decreto de destierro de San Atanasio, manchando con él la memoria de tan piadoso Príncipe. Se observará que el cáncer de aquella funesta heregía no se habría extendido por casi todo el cuerpo de la Iglesia, si la vil adulacion y la astucia no hubiesen alhagado el orgullo y ambicion de mando de Constancio, hasta creerse este Emperador árbitro y Juez de las cosas eclesiásticas, y aun de las doctrinas dogmáticas. Sacrílego abuso de poder, á que se resistieron con santa libertad y valor apostólico los intrépidos defensores de la fé: el mismo San Atanasio en vários de sus elocuentes escritos, y San Hilario de Poitiers en sus tres excelentes libros contra el cruel y obstinado Constancio. La Historia nos demuestra igualmente que, si el astuto hipócrita Nestorio no hubiese sabido ganarse el favor y apoyo de la córte de Teodosio el jóven, no habria tenido séquito su heregía, ni hubiera ocurrido el escándalo de Èfeso sin el auxilio del legado imperial, que sorprendió la buena fé de aquel piadoso, pero débil monarca. Nos atestigua que por los mismos medios nació, é hizo prosélitos el eutiquianismo, autorizado por el mismo Teodosio, que manchó la gloria de su reinado, por la ciega confianza, que depositó en su favorito Crisafo, fautor principal del famoso Latrocinio Efesino; he-

regía, que no se habria propagado, ni desarrollado en sus diversas fases sin los Henóticos de Zenon, los Héctesis de Heráclio y los Tipos de Constante II. Tales fueron los poderosos resortes de unas heregías, que turbaron el órden religioso y político en todo el Oriente, dividiéndolo y subdividiéndolo en innumerables sectas.

Y viniendo, para abreviar, á los tiempos modernos, ¿cuál fué la cáusa inmediata, eficaz, del espantoso incremento y extension del protestantismo? Aunque fueron várias y muy poderosas las que le precedieron, y propagaron, el grito de rebelion, que lanzó el funestamente famoso apóstata de Witemberg, ¿no habria quedado ahogado en su mismo pecho sacrílego, sin las vacilaciones y condescendencias políticas de Cárlos V? ¿Habria crecido aquel horrible incendio, si hubiese acudido, á apagarlo un celo puramente religioso, sin mezcla alguna de intereses humanos, si aquel Emperador no hubiera intentado conciliar cosas inconciliables, la verdad con el error, la pura y santa disciplina de la Iglesia con las injustas é inicuas exigencias de los hereges?

Es una verdad, una triste verdad incontestable, un hecho culminante en aquella desgraciada época, reconocido por el mismo protestante calvinista Jurieu, que sin la proteccion eficaz y cooperacion activa de los Príncipes, halagados en su ambicion y avaricia por los pérfidos heresiarcas, el voraz incendio del protestantismo, que estalló en Witemberg, no habria extendido sus llamas abrasadoras, ni brotado sus fétidas lavas de múltiples errores desde el norte de Europa al mediodia de Francia, y desde Suecia y Dinamarca hasta Ginebra. Su valor doctrinal era nulo: un mediano estudiante de Teologia, decia el Papa Adriano VI, era bastante para refutarlo. La fuerza, y sólo la fuerza tiránica, dirigida por innobles pasiones, ha sido, es, y será siempre el apoyo del error herético, y la verdadera y principal cáusa de su proselitismo. ¿Cómo se explica, sinó, ese constante afan de las sectas antiguas y modernas de nuestros dias de influir, ó de apoderarse de los gobiernos supremos? ¿Por qué esa inconsecuencia, esa repugnante tiranía de los defensores de la libertad del pensamiento de querer imponer

sus errores por la fuerza, por la hipocresía ó la astucia? ¡Ah! Sres., es que, sin apercibirse de ello en su ceguedad, tienen la conciencia íntima de que el error es el error, lo que no es, lo que no puede ser, lo falso é insubsistente; y la verdad católica es la verdad invencible, la que tiene el poder, y el derecho de dominar las inteligencias, la fuerza divina, para vencer el error, y subyugar las pasiones: *hæc est victoria, quæ vincit mundum, fides nostra* (*a*).

Ved, pues, como, segun insinué al principio, el formidable gigante del Racionalismo, en el que se reunen todos los sistemas anticatólicos, no obstante sus fastuosos alardes de profundo pensador, de progreso científico, de su decantada absurda libertad del pensamiento, y otras ampulosas frases, tan atrevidas como vulgares yá y desacreditadas, ese, al parecer, aterrador enemigo, que sin disfraz y de frente combate hoy el alcázar divino é indestructible de la Iglesia de Jesucristo, no tiene mas fundamento doctrinal, que el error y el absurdo, ni mas vida ni accion que la que le prestan las potestades de la tierra, por él fascinadas ó pervertidas. Observad además, aunque prescindamos, que no puede prescindirse, de las muchas y numerosas pruebas del Catolicismo, como la Historia de la Iglesia, que es la historia de los grandes prodigios de Dios en el establecimiento, propagacion y conservacion de su reino en el mundo, observad, repito, como esa magnífica leccion de la Historia nos demuestra que ese enemigo tan pertinaz y astuto, como es Satanás, que lo inspira, ha sucumbido siempre ante ese poder irresistible del dogma católico y de la imponente autoridad de la Iglesia, que lo enseña con caracteres divinos, caracteres que los mas obstinados hereges se han visto obligados á reconocer: ha sido anonadado ante esa universalidad y perpetuidad de doctrina, ante esa continuacion y sucesion no interrumpida de la autoridad apostólica: se ha estrellado contra la piedra firmísima del centro de unidad, robusto y esencial fundamento del magestuoso edificio, que construyó la mano del Omnipotente. Y si es cierto que las tempestades de las

---

(*a*) 1. Joann. c. 5. v. 4.

pasiones humanas han levantado densos nubarrones con el vano intento de oscurecer ese astro de luz celestial, que domina el mundo de las inteligencias, su inmenso é inextinguible resplandor los ha disipado, apareciendo con mayor y mas agradable brillantez. Y si es cierto tambien que el violento huracan de las persecuciones ha arrancado las hojas enfermizas y los ramos secos de este árbol de la vida, que plantó enmedio de la tierra la misericordia del Altísimo para la salvacion de los hombres, hálo así ordenado la Sabiduría divina, para ostentar mas su poder, y para que, limpio y despojado de esa fealdad exterior, crezca siempre con mas robusta lozanía, hermosura y fecundidad.

Tales son, Emmo. Sr., ilustrados Profesores y carísimos alumnos, las reflexiones que, atendido el tortuoso camino de la falsa ciencia moderna, me han inspirado el pensamiento, que he desarrollado, siquiera sea muy imperfectamente, en este sencillo discurso; á saber, toda la importancia y apremiante necesidad de un profundo, ámplio y esmerado estudio del dogma católico y demás ramos de las ciencias sagradas en nuestros Seminarios, si hemos de combatir y vencer al erguido y audaz enemigo, que hoy hace una guerra sin tregua no sólo contra la Iglesia, sino tambien contra el órden social, político y civil. Apliquemos con asídua atencion la vista de nuestra inteligencia á esos focos de luz divina, que los necios y falsos sábios llaman fé estacionaria; y en esos inmensos horizontes, cuyo centro de irradacion es el mismo Dios, descubriremos la admirable y sorprendente armonía del conjunto de las verdades reveladas, del órden natural con el sobrenatural, la solucion completa de todos los problemas en todos los órdenes científicos; porque todos, despues de sus contínuas evoluciones, de sus investigaciones interminables, y siempre envueltos en una nebulosa atmósfera de dudas, se verán irresistiblemente obligados á buscar la luz, que las disipe, en la verdad revelada. Y colocados á esa altura, con todo el peso y fuerza de esta verdad divina, de la verdad filosófica, de la verdad histórica, anonadaremos á ese mónstruo, corruptor de la inteligencia y del corazon, que se llama Racionalis-

mo. No nos intimide la procaz é insolente calumnia, repetida hasta el fastidio, de que la Sagrada Teología, el dogma católico es el enemigo perenne de toda filosofía, de todo progreso científico. ¡Ah! ellos, sí, los racionalistas, no filósofos, sino filosofistas, son los verdaderos retrógrados, verdaderos enemigos de la razon, porque, envileciendo el apreciable don divino, descienden de la sublime altura y dignidad del órden sobrenatural, á que Dios los elevó, para degradarse torpemente, formando del noble ser racional un bruto, y de todos los hombres, no un *cœtus hominum jure sociatus, sed sylva frementium bestiarum*, una monstruosa sociedad de atéos.

¡La fé cristiana enemiga de la razon y de la filosofía!.... Atroz injuria, que rechazan á la vez la religion y la verdadera ciencia: la religion, porque es la que las enaltece, reconociéndolas como la principal prerogativa, que nos eleva sobre todos los séres criados, y nos hace viva imágen del Criador; como irradiacion perenne sobre el alma humana de la eterna Sabiduría, preparacion y prólogo de la fé, segun un Sto. Padre, porque dada fué al hombre, para hacerle capaz de creer. La rechaza tambien la verdadera ciencia, porque en todos sus progresos se halla siempre en perfecto acuerdo y consonancia con la verdad revelada. No nos intimide, repito, ese deslumbrador aparato científico, con que el Racionalismo seduce á los ignorantes, y fascina á los incautos. Arranquémosle esas armas, al parecer tan temibles, y manejándolas juntamente con las de las ciencias sagradas, con las cuales se hermanan muy bien, hirámosle á dos filos, siguiendo en este combate el ejemplo de los sábios teólogos y apologistas antiguos y modernos. Y, como nos lo asegura la promesa divina, lo demuestra la ciencia, y lo confirma la Historia, el Racionalismo impío caerá vencido al pié de los muros del alcázar sagrado de la Iglesia católica, lamiendo el polvo de la tierra, segun la expresion del Profeta (*a*), y confesando á pesar suyo que el mundo todo se apoya, y descansa sobre el sólido fundamento del altar.

(*a*) Inimici ejus terram lingent. Ps. 71. v. 9.

Permitidme ahora, ántes de concluir, carísimos alumnos, una reflexion, que me atrevo á afirmar tiene grandísima importancia para los jóvenes, que se preparan en esta Escuela eclesiástica, para defender la cáusa santa de la Religion. La Teología, Sres., no es una ciencia puramente especulativa: no se poséc, no puede poseerse con la estéril especulacion: es tambien una ciencia práctica: quiero decir, es necesario que esos divinos resplandores de la luz revelada, que emanan de la eterna Sabiduría, penetren todas las profundidades de nuestra inteligencia, la dominen, la transformen toda y como que la divinicen; que absorban y concentren todos los afectos del corazon, los purifiquen y eleven al principio y fuente de toda verdad, á la luz increada, Dios. El estudio de esta sublime ciencia, que no siga este doble camino, que no se proponga este grande objeto, es estéril; mas aún, es las mas veces pernicioso. Lo dice el Espíritu Santo (*a*). Sereis unos simples reclutas, que ni conocen, ni saben manejar las armas contra el enemigo, si es que no se convierten en vuestra propia ruina. Por esto es que la Iglesia exije de sus ministros dos cualidades esencialísimas é inseparables, la ciencia y la virtud. Observad, sinó, la gran diferencia, que se nota entre los Santos Padres y teólogos místicos, y los teólogos solamente especulativos, y sabreis explicaros los prodigios, que con su enseñanza, predicacion y demás ministerios obraron los primeros. Diré mas aún, y disimuladme si por ello incurro en la nota de demasiado exigente y severo. Atendida la actual situacion de la sociedad y el sombrío y angustioso porvenir, que vislumbramos, nuestros Seminarios eclesiásticos deben ser escuelas de sábios misioneros y ejemplares apóstoles; y tanto mas, cuanto es mucho mas difícil, delicada é importante nuestra augusta mision enmedio de la llamada civilizacion moderna, que entre la barbarie estúpida y grosera de los paises incultos.

Considerad, por último, y consideradla siempre, vuestra santa y sublime vocacion, y todo lo que ella exige á los que se inscriben

---

(*a*) Scientia inflat, charitas vero ædificat. 1. ad Cor. c. 8. v. 1.

en la milicia sagrada del ministerio eclesiástico. Grandes sacrificios de abnegacion, de laboriosidad constante en el estudio, y firme perseverancia en la práctica de acrisoladas virtudes, que os muestren ante este siglo altivo y voluptuoso como sal de la tierra y luz del mundo; y entonces, no lo dudeis, los auxilios especiales prometidos á los que son llamados al apostolado católico, auxilios, que acabamos de pedir fervientemente al pié del altar, os llenarán, y nos llenarán á todos de la fortaleza divina de la fé, que todo lo vence, si nos proponemos el único y santo fin de consagrar todos nuestros estudios, nuestros sacrificios, toda nuestra vida á la defensa y propagacion de esta fé, á la gloria de Dios y á la santificacion de las almas, segun la devota frase del Seráfico Doctor S. Buenaventura: «*Hic est fructus omnium scientiarum ut in omnibus œdificetur fides, honorificetur Deus, componantur mores.* (*a*)

HE DICHO.

(*a*) Lib. de reduct. artium ad Theolog.